

REDESCUBRIMIENTO DE DIOS

I

La obra de G. B. comienza con un análisis de las diversas actividades vitales, que demuestran su sentido intencional: todas ellas están abiertas a la trascendencia o, en términos de Husserl, "mentada" siempre un objeto. El autor procede gradualmente. Comienza con la actividad vital inconsciente o fisiológica y asciende luego a la actividad psíquica consciente. Ambas se estructuran intencionalmente, son funciones vitales íntimamente penetradas -como se ve, por ejemplo, en el hambre, acto fisiológico y psíquico a la vez- en busca de un objeto que satisfaga sus necesidades. Por otra parte, se observa que tal intencionalidad no es nunca defraudada en el ámbito de la experiencia en que ellas se colocan: a la actividad o tendencia responde siempre la *existencia del objeto*.

En un plano superior, la actividad espiritual actúa también intencionalmente o abierta a objetos trascendentes, bien que "inexperimentables". Son los objetos de la *Ética*, de la *Estética* y especialmente de la *Metafísica*, objetos que se presentan como meta-empíricos y absolutos, y que, a juicio del autor, **son** aprehendidos por la emoción, por los sentimientos espirituales y por la inteligencia, respectivamente; pero, en todo caso, en lo que a la aprehensión intelectual de la Metafísica hace, sólo de una manera probable.

Bajo la evidente influencia de Husserl, el autor da por supuesta la distinción entre *objeto* y *ser*. Lo inmediatamente "mentado" en la actividad intencional de la *inteligencia* es el *objeto*. *La realidad*, en cambio, es afirmada por un acto de la *voluntad*. Es ésta quien confiere realidad a los *objetos* y reintegra así a éstos en aquélla.

Por debajo de todos los conocimientos, científicos y metafísicos, y aun por debajo de toda la actividad intencional está la *le*, que con su decisión otorga *realidad* a todos los *objetos* experimentales e inexperimentales.

Esta fe o "creencia depende mucho de la voluntad. El creer o dejar de creer se basa en una decisión en que se admite algo o en que se renuncia a admitirlo [...]. Después de todas las dudas y deliberaciones, hay un instante en que el sujeto decide poner realidad a una apariencia determinada y aquello que coordina la apariencia con la realidad, lo inmanente con lo trascendente, la experiencia con la creencia es la voluntad" (págs. 122-123). La *le* se constituye, según G. B., mediante la conjunción de la actividad -intencional de la inteligencia con la voluntad, que confiere realidad a los objetos de aquella, lo mismo que a los valores

éticos y estéticos. El orden de intervención de ambas actividades puede ser o bien desde la decisión de la voluntad al esclarecimiento y fundamentación de la misma por parte de la inteligencia, o viceversa, desde la investigación y dilucidación de los *objetos* a su afirmación como realidad por la voluntad, según que el proceso de la fe comience con un acto de "voluntad impulsivo" o con: un acto deliberativo de inteligencia. Por consiguiente, "creer, en un sentido amplio [...] consiste en una plena integración de la intencionalidad espiritual en la razón, el sentimiento y la voluntad [...]. Llegamos, pues, a la conclusión de que un acto de voluntad, deliberado o impulsivo, consciente o inconsciente, es indispensable para integrar el pleno acto de fe [...]. La *vivencia* de la realidad, en la creencia, es el motivo que induce a creer, pero no la creencia misma [...]. El pleno acto de fe está constituido por el acto de intencionalidad espiritual o acto de fe pura y la conciencia correspondiente del mismo, por una parte y, por otra parte, por el acto de voluntad, que incorpora el contenido correspondiente a la región de los objetos absolutos reales, y el acto afectivo, que dota de valor a ese contenido, una vez que ha sido objeto de la decisión de la voluntad" (págs. 124-125). "En sentido estrictísimo, creer es ejercitar el acto de intencionalidad espiritual que *pone en la conciencia*, junto con las notas substancias de un objeto trasnatural, la nota de identidad de dicho objeto, la mención de su consistencia ontológica", que incorpora el acto de decisión de la voluntad (pág. 123).

La vía intencional de la inteligencia únicamente menta *objetos* y la intencionalidad de la Metafísica menta *objetos "inexperimentables"*, de cuya existencia sólo logra probabilidad. Pero la vida humana necesita para su actuación *la realidad* de tales *objetos*. Y así como en el orden fisiológico y psíquico inferior necesita y encuentra en la *realidad* tales *objetos* experimentales, en el orden espiritual necesita también de la *realidad* de tales *objetos* y valores -éticos, sobre todo-, de la *realidad* del propio ser, de la inmortalidad personal y sobre todo del Absoluto divino, que debe ser personal. Dios **responde** a una necesidad y exigencia vital, más aún, a la necesidad vital fundamental, sobre las que descansan todas las demás exigencias con sus respectivos objetos, porque sólo Dios puede ser "el fundamento que sirva de garantía permanente a la absoluta realidad de sentido de la vida humana" (pág. 155). Sin, Dios personal la vida espiritual humana pierde el fundamento de su sentido, sobre todo de su sentido moral, y resulta absurda. "Un fundamento absoluto como el descrito, que sea supremamente poderoso, inteligente y bueno, y que mantenga lines **en** relación **con** lo humano, algo que tuviera esas características, no Podría ya ser caracterizado como algo, **sino** como Alguien [...]. No importa que el individuo sea materialista y ateo. Cada vez que, sin proponérselo está orientando su conducta a instancias absolutas; cada vez que, por lo mismo,

está presuponiendo la validez absoluta de la vida humana, que impone esas instancias está presuponiendo también, y en primer término, explícita o implícitamente, una realidad absoluta, sabia, poderosa y buena y con una intencionalidad dirigida hacia lo humano, que le garantiza la absolutidad de la vida y de sus objetos" (pág. 156).

Una vez alcanzado este fundamento absoluto y divino de la vida, la fe debe hacerse crítica con la ciencia; no en el sentido de que la fe se convierta en ciencia, sino en el de que bajo las exigencias de la ciencia se purifique y aun logre a las veces una fundamentación teórica.

II

El libro de G. B. está concebido y realizado con un plan orgánico y claro en todo su desarrollo, de modo que el "redescubrimiento de Dios" se impone como la exigencia de la intencionalidad de la vida humana llevada hasta el fin, hasta la fe, que sustenta todas las dimensiones intencionales y el sentido mismo de la vida humana.

Pese a lo arduo del tema y a la amplitud y densidad con que G. B. lo desenvuelve -haciendo incidir en él sus múltiples y bien asimilados conocimientos científicos y culturales- el autor ha logrado conferir a su exposición una magnífica diafanidad, proveniente de la unidad de su plan, del rigor de su método y de su argumentación, que encuentran una prosa adecuada para transmitirlos con toda claridad y brillo. (El autor es Premio Nacional de Literatura y Premio Nacional de Filosofía en Cuba).

Por otra parte, la exposición está animada con un espíritu de sinceridad y de nobleza, que más que un frío raciocinio trasunta el esfuerzo convergente de toda una vida que busca con todas sus fuerzas esclarecer y fundamentar su propio sentido y que lo alcanza, al final, en la cima luminosa de la Verdad divina, desde la cual ilumina su preciso alcance y modo de *ser* y *deber-ser* en todas las múltiples direcciones -hasta entonces oscuras- de su actividad y de su misma esencia.

Sin embargo, tan noble y rico esfuerzo, ha sido en gran parte malogrado y **no** resiste a una crítica filosófica, al ser trasvasado conceptualmente en una organización y fundamentación débil y, por momentos insostenible. En efecto, el autor no ha sabido deshacerse de los prejuicios acerca del conocimiento, que desde Descartes y Kant desgraciadamente gravitan, consciente o inconscientemente, sobre la Filosofía moderna y contemporánea. En G. B. es evidente que su pensamiento es tributario, en este punto, más de lo conveniente, de Kant y de Husserl: el conocimiento intelectual sólo aprehende el *objeto*, pero **no** la *realidad* -

agnosticismo-; la cual sólo es captada por la voluntad, quien con su decisión la integra e identifica con aquél *-fideísmo irracionalista-*.

Estos son precisamente los dos errores fundamentales a que, respectivamente, arriban las dos *Críticas* de Kant: la *Crítica de la Razón Pura*, que niega a la inteligencia la capacidad de aprehender el ser en sí o Noumenon *-agnosticismo-*, que luego pretende alcanzar como postulado de la moral en la *Crítica de la Razón Práctica* *-fideísmo irracionalista-*.

Tampoco la *Fenomenología* de Husserl, que inicialmente se levantara contra el *formalismo* kantiano invocando el carácter intencional de la vida intelectual logró superar el idealismo trascendental, al contrario, con su escisión entre *objeto y ser*, fue hundiéndose más y más en él.

G. B. ha recibido y aceptado sin crítica esta herencia gnoscológicamente agnóstica y ha querido reconquistar la realidad y a Dios mismo, por este camino impracticable del *irracionalismo* de una fe, que como *decisión de la voluntad* quiere llenar de *calidad* los puros objetos *puramente inmanentes* de la conciencia.

Se dirá que la fe sólo da fuerza al argumento de la razón, que presenta la existencia de Dios como necesaria para dar sentido a la vida humana. A lo cual responderemos que el argumento o vale por fuerza de la razón y entonces se concede que la *inteligencia es aprehensiva* de la realidad y no necesita de la voluntad para hacernos captar la existencia de Dios, y en general, de cualquier ser o verdad; o no vale plenamente por sí mismo, y entonces la decisión de la voluntad tampoco puede añadirle nada de fuerza, porque la voluntad es ciega: no es aprehensiva de la verdad, sino que quiere y se adhiere a ella como bien, en, cuanto vista por la inteligencia. El juicio *-afirmativo o negativo-* es siempre *formalmente* o como tal actividad de la inteligencia y no de la voluntad. El asentimiento o está determinado por la evidencia intrínseca o extrínseca de la verdad o ser trascendente y entonces procede como acto, un juicio, de la inteligencia; o no está determinado por ella, y entonces es también un acto de la inteligencia bien que movido por la voluntad; la cual le puede conferir una seguridad o certeza *puramente subjetiva* de la posesión de la verdad, pero nunca una *verdadera certeza* o seguridad en esta posesión, que sólo puede provenir de la imposición de la *verdad o realidad evidentemente presentada a la* inteligencia. Afirmar que la fe, como decisión de la voluntad, según sostiene G. B., nos asegura de la realidad de los objetos de la inteligencia e incluso de Dios, es conferir a la voluntad un carácter aprehensivo del ser que no tiene, es introducirse por el camino del irracionalismo, que, a más de ser impracticable, puede conducir a cualquier afirmación, incluso de los contradictorios. *La voluntad quiere un bien ausente o se goza de un bien presente, pero nunca lo aprehende o se posiona formalmente de él.* Más aún, su propia actuación sería imposible

sin la iluminación previa de la inteligencia que la dirige y la ilumina en su camino y luego la informa objetivamente en su propio acto.

En una palabra, o la inteligencia aprehende el *ser*, la realidad existente, y desde ella llega a Dios como a su Causa primera y eficiente y Causa final última, sin la cual aquella realidad inmediatamente aprehendida no existiría, o no -como lo admite G. B.- y entonces queda cerrado todo acceso a la realidad, válidamente justificado. Y no hay más tribunal para tal justificación que el de la inteligencia y, en suprema instancia natural, de la Filosofía. La fe, en el sentido del autor, la voluntad, la emoción, etc., no *de-velan ni des-cubren* ningún ser ni a Dios, sino que ya lo suponen.

La auténtica fe es un *acto* de adhesión de la *inteligencia* a una verdad, no por su evidencia intrínseca, sino por una *evidencia extrínseca*, fundada en, la *autoridad* del testimonio, es decir, de la *ciencia y veracidad* de quien la trasmite. Cuando el testigo es un hombre, engendra una certeza moral, aprehensible por una ley humana; pero cuando el testigo de la verdad es el mismo Dios, que nos la comunica o *revela*, dado que su *Autoridad* se constituye por su *Ciencia infalible* y su *Veracidad absoluta*, la fe que engendra es sobrenatural con una certeza o seguridad absoluta en la verdad poseída. La fe humana, pues, y más la fe sobrenatural, no se logran por vía emotiva y volitiva sino por *vía intelectual*; y el acto y la virtud sobrenaturales de la fe *residen formalmente* en la *inteligencia*, según enseña la Teología. La voluntad no hace sino sostener este acto formalmente intelectual de la fe.

Con las aclaraciones precedentes, debemos reconocer que el libro de G. B. pone de manifiesto una gran verdad: que sin la realidad del ser y valores trascendentes y, en definitiva, sin la existencia del Ser absoluto de Dios, la vida resulta incomprensible y absurda; y, en cambio, sólo con ella la vida humana logra esclarecerse en todo su cabal sentido en sí misma y en los valores absolutos de la verdad, bien y belleza, que, en definitiva, suponen y se apoyan en el Ser -Verdad, Bien y Belleza- de Dios, quien desde la trascendencia la fundamenta. Pero tal verdad nos la ha hecho alcanzar el autor mediante sus *análisis y razonamientos*, que la hacen aprehensibles a nuestra inteligencia; verdad, por otra parte, a la que se llega con otros argumentos más rigurosamente científicos, a los que tal vez el autor no ha querido apelar, a causa de su desconfianza de la inteligencia para alcanzar la realidad. Aun sanado por la fuerza del raciocinio intelectual, para mantener su fuerza el argumento del autor debería ser precisado y ajustado con rigor frente a ciertas posiciones actuales -de Sartre y Camus, por ejemplo- que aceptarían sin dificultad el *sin-sentido* y carácter absurdo de la vida. Tal ajuste se lograría eficazmente haciendo ver que la voluntad humana tiene apetito o apetencia natural del Bien

infinito y que, por ende, sin la existencia de ese **Bien** o Dios tal apetito, **que** de hecho existe, sería absurdo y, como tal imposible.

En todo caso, pese a estas reservas, el libro expresa magníficamente la rica experiencia de un esfuerzo total emprendido **en** busca de Dios para lograr el esclarecimiento de la propia vida en todas sus direcciones y tiene, por eso, el valor de un ejemplar testimonio de la búsqueda desinteresada de la verdad absoluta frente a una sociedad materializada y aprisionada en un mundo pequeño y envilecido por intereses terrenos y egoístas, que, por eso mismo, ha perdido de vista a Dios, sin el cuál la vida humana pierde todo sentido y carece de auténtico valor y *"redescubrir a Dios"* es la única empresa que permitirá volver a *"redescubrir al hombre"* en su ser y deber ser, devolviéndole el auténtico sentido de su vida personal y también social, que el hombre actual ha perdido, porque, queriéndose poseer plenamente con exclusión de todo otro, ha perdido a Dios y con El el fundamento de **su** propio ser y vida temporal y eterna.

Mons. Dr. Octavio N. Derisi